

La startup

Una historia de amistad, tecnología y decisiones

NIVEL B1

**Novela graduada en español
Español (Latinoamérica)**

Sobre este libro

Esta es una novela para estudiantes de español de nivel B1.

Daniela, Andrés y Valeria son tres amigos de Medellín, Colombia. Un día, después de una mala experiencia, a Daniela se le ocurre una idea: una aplicación para ayudar a las personas a llegar seguras a casa por la noche. La llaman SueltaLaMano.

La app funciona. Crece rápido. Llegan inversionistas con mucho dinero. Pero entonces los tres amigos descubren algo que no esperaban: la misma información que sirve para proteger a las personas también puede servir para vigilarlas. Y tienen que decidir qué tipo de empresa quieren ser.

Esta es una historia sobre la amistad, sobre la tecnología, y sobre las decisiones difíciles que a veces tenemos que tomar entre lo fácil y lo correcto.

El libro tiene quince capítulos. Cada capítulo termina con un breve glosario en inglés y unas preguntas. Las respuestas están al final. Bienvenido a Medellín.

Índice

1. Una noche oscura	4
2. Los tres	11
3. Los primeros usuarios	18
4. La reunión	25
5. Crecer rápido	32
6. La propuesta de Sergio	39
7. La línea invisible	46
8. Un mensaje inquietante	53
9. La verdad de los datos	60
10. Vale decide hablar	67
11. La oferta	74
12. La pelea	81
13. La decisión	88
14. Las consecuencias	95
15. No soltar la mano	102
Respuestas	109

Capítulo 1

Una noche oscura

Nace una idea

Eran casi las once de la noche cuando Daniela Restrepo salió de la estación del metro.

Medellín se veía distinta a esa hora. Durante el día, la ciudad era ruido, color y movimiento: buses llenos, vendedores en las esquinas, música saliendo de las tiendas. Pero de noche, cuando bajaba del metro en su barrio, todo cambiaba. Las calles se vaciaban. Las luces de las casas se apagaban una por una. Y el camino de quince minutos hasta su apartamento se convertía en algo que Daniela hacía siempre con el corazón un poco acelerado.

Esa noche, el camino se sentía más largo que nunca.

Daniela había salido tarde del trabajo. Era programadora en una empresa de tecnología del centro, y ese día habían tenido una fecha límite importante. Estaba cansada, con los ojos rojos de tantas horas frente a la pantalla, pensando solo en llegar a casa y dormir.

Le gustaba su trabajo, en general. Le gustaba resolver problemas, escribir código, construir cosas que funcionaban. Desde niña había sido así: cuando algo no funcionaba, ella no descansaba hasta entender por qué. Sus papás decían que era terca. Ella prefería la palabra "curiosa". Fuera como fuera, esa manera de ser la había llevado a estudiar ingeniería de sistemas y a conseguir un buen trabajo en una de las empresas de tecnología que crecían en Medellín, una ciudad que en los últimos años se había llenado de startups, de espacios de trabajo compartidos y de jóvenes con ideas.

Pero esa noche, caminando sola en la oscuridad, todo eso se sentía muy lejos.

Subió por la calle empinada que llevaba a su barrio. Las montañas de Medellín hacían que casi todos los caminos fueran cuestas: subir y bajar, subir y bajar. Normalmente no le molestaba. Esa noche, cada paso le costaba.

A mitad de camino, escuchó pasos detrás de ella.

Daniela no se dio la vuelta de inmediato. Se dijo a sí misma que era normal, que había mucha gente que caminaba a esa hora, que no tenía por qué preocuparse. Pero los pasos se acercaban. Y cuando ella caminaba más rápido, los pasos también aceleraban.

El corazón empezó a latirle con fuerza.

Sacó su celular del bolsillo, no para llamar a nadie, sino solo para tenerlo en la mano, como si eso pudiera protegerla. Miró la pantalla. Ningún mensaje, ninguna llamada. Estaba sola.

Pensó en llamar a alguien. ¿A quién? Andrés vivía al otro lado de la ciudad. Valeria estaría dormida. Sus papás vivían en otra ciudad. No había nadie que pudiera llegar a tiempo si algo pasaba. Y esa era exactamente la sensación más fea de todas: no el peligro en sí, sino la soledad. La certeza de que, en ese momento, en esa calle, estaba completamente sola.

Caminó más rápido. Los pasos detrás de ella también.

Cuando por fin llegó a la esquina de su cuadra, Daniela hizo algo que no había planeado: se detuvo frente a una tienda que todavía tenía la luz encendida, fingió mirar algo en la vitrina, y esperó.

Los pasos pasaron de largo. Era un hombre con audífonos, mirando su propio teléfono, que ni siquiera la había notado. Cruzó la calle y desapareció.

No había ningún peligro. Nunca lo había habido.

Pero Daniela se quedó ahí, frente a la vitrina, con el corazón todavía acelerado y las manos un poco temblorosas. Y pensó: no debería

sentirme así. Nadie debería sentirse así solo por caminar a casa.

Cuando por fin entró a su apartamento y cerró la puerta con llave, se sentó en el sofá sin encender la luz. Afuera, la ciudad brillaba en las montañas, miles de lucecitas amarillas subiendo por las laderas. Medellín de noche era hermosa desde arriba. El problema era caminar por ella.

Daniela pensó en todas las veces que había sentido ese miedo. En todas las veces que sus amigas le habían escrito "avísame cuando llegues" al final de una noche. En el pequeño ritual que hacían todas: mandar un mensaje al llegar a casa, para que la otra supiera que estaba a salvo.

"Ya llegué", escribían. "Todo bien."

Era un ritual de miedo. Un ritual que millones de personas hacían cada noche, en Medellín y en el mundo entero. Y de repente, sentada en la oscuridad, a Daniela se le ocurrió una pregunta:

¿Y si ese ritual pudiera ser algo más?

¿Y si, en lugar de caminar sola con miedo, uno pudiera saber quién más iba por el mismo camino, a la misma hora? ¿Y si los vecinos pudieran acompañarse, aunque no se conocieran? ¿Y si el teléfono, en lugar de ser solo un objeto que uno agarra con miedo, fuera de verdad una forma de estar conectado con otros, de no estar solo?

Daniela se enderezó en el sofá.

Como programadora, su mente ya empezaba a trabajar. Una aplicación. Una app que conectara a las personas que caminaban por la misma zona a la misma hora. Que les permitiera acompañarse, verse, saber que no estaban solas. Los vecinos podrían formar una red de confianza. Nadie tendría que subir por una calle oscura sin saber si alguien más estaba cerca.

Pensó en cómo funcionaría. Uno abriría la app al salir del metro, o del trabajo, o de la casa de un amigo. La app le mostraría quién más iba por la misma zona, a la misma hora. Podrían caminar juntos, o al menos acompañarse a distancia: yo te veo, tú me ves, sé que estás ahí. Y cuando cada uno llegara a su casa, la app avisaría a los demás: "llegó bien". El pequeño ritual del miedo se convertiría en un ritual de cuidado. De comunidad.

Lo más importante era que sería entre vecinos, entre gente de confianza. No desconocidos de toda la ciudad, sino personas del mismo barrio, que se cruzaban todos los días sin conocerse. La app solo les daría una forma de cuidarse mutuamente.

Era simple. Y podía funcionar.

Encendió la luz, abrió su computadora, y empezó a escribir ideas. No código todavía, solo ideas: qué haría la app, cómo funcionaría, qué problema resolvería. Escribió durante una hora, dos horas, olvidando el cansancio, olvidando el miedo de hacía un rato, llena de esa energía que solo llega cuando una idea de verdad te atrapa.

Mientras escribía, pensó en Valeria. Su amiga había crecido en un barrio de las laderas, uno de esos barrios altos a los que se subía en la línea del metrocable, la línea de cabinas que volaba sobre los techos de la ciudad. Valeria le había contado muchas veces cómo era volver a casa de noche en esos barrios: las calles empinadas, la poca luz, la sensación constante de tener que estar alerta. Para Valeria, este problema no era una idea abstracta. Era su vida, y la vida de su mamá, y la de sus vecinas.

Si alguien iba a entender esta idea, pensó Daniela, era Valeria.

Y también pensó en Andrés. Andrés no sabía programar como ella, ni diseñar como Valeria, pero tenía algo que a ella le faltaba: sabía hablar con la gente. Sabía convencer, vender, conseguir. Si esta idea iba a ser algo más que unas notas en una computadora a la una de la mañana, iba a necesitar a alguien como Andrés.

Los tres juntos. Cada uno con lo suyo. Quizás por eso siempre habían dicho que algún día harían algo grande.

A la una de la mañana, tenía varias páginas de notas. Y tenía un nombre.

Lo había pensado recordando lo que su abuela le decía cuando era niña y cruzaban la calle juntas: "No sueltes mi mano." Una frase simple, sobre cuidarse, sobre no dejar sola a la otra persona.

SueltaLaMano.

No, al revés. La idea era justamente no soltarla.

Daniela sonrió en la oscuridad de su apartamento. Tenía algo. No sabía todavía qué tan grande podía ser, pero sabía que tenía algo.

Agarró su celular, el mismo que hacía unas horas había apretado con miedo en una calle oscura, y escribió un mensaje al grupo que tenía con sus dos mejores amigos.

El grupo se llamaba "Los tres", porque así se decían desde la universidad. Andrés, Valeria y ella. Tres amigos que se conocían desde hacía años, que habían estudiado juntos, que se habían prometido mil veces que algún día harían algo grande juntos.

Quizás ese día había llegado.

Daniela escribió:

"Parceros, no me van a creer. Tengo una idea. Una idea de verdad. Necesito hablar con ustedes mañana. Es importante."

Andrés respondió casi de inmediato, aunque era la una de la mañana:

"¿Qué más, Dani? Uy, me tienes en suspenso. ¿Nos vemos mañana en el café de siempre?"

Y Valeria, unos minutos después:

"Yo también estoy despierta jaja. Mañana a las diez. Y más te vale que sea buena, Restrepo."

Daniela dejó el celular sobre la mesa y miró por la ventana una última vez. Las luces de Medellín seguían ahí, subiendo por las montañas, miles de personas en miles de casas.

Se acordó de algo que había leído una vez: que Medellín había sido, años atrás, una de las ciudades más peligrosas del mundo, y que poco a poco, con mucho esfuerzo, la gente la había ido cambiando. Habían construido bibliotecas en los barrios pobres, líneas de metrocable para conectar las laderas con el centro, parques donde antes no había nada. La ciudad había demostrado que las cosas podían mejorar, que la tecnología y las ideas podían usarse para acercar a las personas en lugar de separarlas.

Quizás su pequeña app era parte de esa misma idea. Usar la tecnología no para vigilar, no para tener miedo, sino para cuidarse los unos a los otros.

Cada una de esas luces era alguien. Y muchos de ellos, esa misma noche, habían sentido lo que ella sintió en la calle oscura.

Quizás, pensó Daniela, podía hacer algo al respecto.

Quizás los tres, juntos, podían hacer algo al respecto.

Esa noche durmió poco, pero por primera vez en mucho tiempo, no durmió por cansancio ni por miedo. Durmió por emoción. Por la sensación de tener, por fin, algo que valía la pena construir.

Glosario

acelerado/a – racing, fast (heartbeat) (*Con el corazón un poco acelerado.*)

empinado/a – steep (*La calle empinada que llevaba a su barrio.*)

la cuesta – the slope, hill (*Casi todos los caminos eran cuestas.*)

fingir – to pretend (*Fingió mirar algo en la vitrina.*)

la vitrina – the shop window (*Frente a la vitrina de la tienda.*)

la ladera – the hillside (*Lucecitas subiendo por las laderas.*)

el ritual – the ritual (*Era un ritual de miedo.*)

enderezarse – to sit up straight (*Daniela se enderezó en el sofá.*)

la red – the network (*Los vecinos podrían formar una red.*)

atrapar – to grab, catch (*Cuando una idea de verdad te atrapa.*)

Preguntas

1. ¿Por qué se siente Daniela con miedo al caminar a casa?
2. ¿Qué pasa realmente con los pasos que escucha detrás de ella?
3. ¿Qué idea se le ocurre a Daniela esa noche?
4. ¿De dónde viene el nombre SueltaLaMano?
5. ¿A quiénes les escribe Daniela al final del capítulo?

Capítulo de apertura: presenta a Daniela, Medellín de noche y el problema que origina la idea. Practica el vocabulario de la ciudad y el miedo, y el pasado narrativo.